

Fatum

Manuel Guerra (2021).

Lima: Sinco Editores, 154 pp.

Manuel Guerra ha publicado su tercer libro de ficción, *Fatum*, en dos hermosas ediciones (2018, 2021) pero este, a diferencia de las novelas *Trasiegos* (2013) y *La copa de la muerte* (2016), constituye una colección de cuentos, veinte cuatro de ellos, para decirlo con exactitud. Los relatos son de extensión variada. “Detectives de oficina”, tiene veinte páginas, “Fatum”, el que le brinda su título a la colección, siete, mientras “Arte poética” es de una. “Complicidad” es un microcuento de cuatro renglones.

Un aspecto primordial de esta colección yace con el lenguaje con que Manuel Guerra afina su prosa. Como Osvaldo Reinoso ha dicho, comentado por Maynor Freyre en la introducción del libro, el texto no necesita de una página de erratas, puesto que se compuso con “una prosa bien cuidada” (10). Es cuidada pero tampoco se excede al punto de ser artificial, como la denunciada por el estilista González Prada, la resultada de escritores que dependen excesivamente de los juegos de palabras, cultismos, y retruécanos. Como dice Prada, hay que buscar una prosa natural, «escribir como se

habla», como dijo Sainte Beuve una vez (*Obras*, vol. I, p. 50; vol. II, p. 173). Así es la prosa de esta publicación de Manuel Guerra, natural, un lenguaje de todos los días, pero que sorprende al lector cuando coloca, para dar un par de ejemplos, “casorio” en vez de matrimonio; “predio” en vez de terreno o lote. La prosa se aprovecha del rico léxico castellano hasta las últimas consecuencias, siempre velando por la naturalidad del idioma. El narrador, que suele ser un “yo” omnisciente —aunque algunas veces es una voz de tercera persona también omnisciente— da confianza y, por ello, el lector se compromete con los problemas que cada cuento propone.

Hay una serie de temas abordados en el libro. “Alas” tiene una dimensión alegórica, explora la soledad que sufre un hombre en el cerro San Cristóbal de Lima. Hay una trilogía de cuentos que rastrea la vida de los poetas, “Yo y mi perro”, “Arte poética”, y “Poetas del mundo”, los que indagan en la auto estimación del poeta, la euforia de presentar un poemario, y la ridiculez de los conclave de poesía; y hay

otra constituida por “El loco Stalin”, “Porfirio Santos”, y “Felipe”, relatos nombrados por sus protagonistas que tratan de las amistades perdidas, desatendidas acaso con nostalgia, pero sin remordimiento.

El tema del amor aparece en otros. En “Yo y mi perro” una pareja también de índole poética abandona al poeta, en “Felipe” surge dos veces una referencia a una mítica mujer Raquelita quien, al parecer, fue deseada por dos de los tres personajes, y en “Te voy a contar una historia”, el protagonista, después de participar en una ceremonia de Candomblé, busca a la mujer cuyo corazón debe recibir el flujo del suyo, pero cuando llama a la puerta, ella lo desprecia. Otros que tratan del amor, “Despedida”, “Abrazando al viejo árbol”, “Robótica” y “Muy juntos” tienen significados y desenlaces disimilares. El primero se trata de una enamorada que padeció de un sueño con mares de sangre que se relacionan con algo que había hecho su pareja, pero se quedan juntos. El clímax del segundo ocurre cuando una mujer abandona a un hombre, aunque no lleva toda su ropa. El sujeto, cuyo amor ya no es correspondido, la persigue por varias calles principales reconocibles de Lima entre los barrios de Pueblo Libre y Miraflores hasta alcanzarla, pero ya no como mujer sino como un espíritu silvano en el medio de un famoso bulevar de

Miraflores. “Robótica” y “Muy juntos” los comentaremos abajo con los microcuentos.

Otros cuentos son completamente distintivos como “Detectives de oficina”, el más largo de la colección, en que se exploran los problemas de la clase media trabajadora en una oficina administrativa de una empresa de negocios que rige el agua potable cuando es puesta bajo vigilancia por un ejército de contadores. Se puede palpar también críticas del abuso burocrático de los empleados (el gerente) y del nepotismo (la familia del gerente), temática que recuerda la cuentística de Julio Ramón Ribeyro.

“Soldado universal” trata de un joven que aprende a matar durante su tiempo en el ejército peruano en la lucha contra “terrucos”. Después de salir de las fuerzas militares nacionales no sabe qué hacer con sus habilidades especiales hasta que un estadounidense le ofrece sentido en el mundo como mercenario. El relato tiene un desenlace sorprendente y emotivo. Otro cuento, “La casa de la vecina”, pertenece al género de la ficción de horror. Esta narración es de corte “Allen Poe”, quien es mencionado por el narrador. Al desplegar la trama, un hombre es engañado por su vecina que resulta vampiresa. Hay sangre, y el lector tendrá que

comprar el libro si quiere descubrir lo que ocurre al vecino.

En la segunda mitad del compendio, el autor brinda una serie de microcuentos de entre dos y tres páginas, de diversos temas. Varios de los cuales juegan con la realidad. Entre ellos, “Muy juntos” explora los sentimientos de un hombre cuya hermana se enamora de un cantante famoso. “Robótica” estudia la posibilidad de una inteligencia artificial que puede amar. Y “Máscara” juega con la idea de soñar dentro de un sueño. El tomo se cierra al volver al formato de cuentos más largos con “El viejo” (5 págs.), “Niño de praga” (15 págs.) y “Relato de posadero” (9 págs.). El primero de estos nos recuerda el cuento del argentino Jorge Luis Borges “El sur”, porque se trata de hombres predispuestos a una violencia fatal. El segundo, sin llegar a lo real maravilloso, se trata de poderes misteriosos en un cementerio sin llegar tampoco a la ficción de horror. El tercero vuelve a la temática borgeana que explora la violencia descarnada y masculina en el ámbito rural.

Ahora nos presenta la oportunidad para demorar en uno de estos interesantes apólogos que tiene diferentes niveles de densidad. “Alas” es el segundo cuento de la colección. En este, un hombre que vive en

una barriada en el cerro “San Cristóbal” sueña dos veces de los tiempos de los enfrentamientos andinos contra los conquistadores con “piedras, mazos, lanzas y huaracas” frente a los “espadas, arcabuces y caballos” de los españoles (21). En el primer sueño los españoles ponen una cruz de madera y los andinos lo destrozan. Al fin de la batalla el protagonista defeca “sobre estos escombros”, lo cual causa la risa y los “gritos jubilosos” de sus compañeros (22). En el segundo sueño, “miles de guerreros” (22) desafían a los iberos; y otra vez el protagonista sueña que se destaca entre los suyos, esta vez como un kuraka que los guía “por quebradas y desfiladeros” para salvarlos frente a la brutalidad de los invasores. Tiene miedo de las alturas, pero en su sueño pierde este miedo cuando “alza vuelo” (23). Es con las alas que le permite volar dándole perspectiva para pilotar a sus compañeros “por quebradas y desfiladeros” hasta que llegan a un punto de seguridad. En su sueño escribe la historia para que los “vencedores” ya no son los “vencedores”. En una palabra, lo onírico hace que un poblador del cerro San Cristóbal regresa a los tiempos ocurridos durante el siglo XVI cuando sus ancestros sufrieron la más grande peripecia posible. Se sugiere que la realidad de los pobladores remonta al pasado de los andinos originales

cuando entran los españoles con los africanos que traficaban.

Sin embargo, ya despierto, el hombre incurre en la ira de los otros vecinos porque defeca, esta vez en una cruz de fierro en la cumbre del cerro. Esta cruz hace eco de la de madera de hace casi cinco siglos y muestra que el significado de la cruz se ha arraigado entre los pobladores. El fierro es más duradero que la madera, pero la gente que habita en su derredor ya no es invasora sino ciudadana. El mundo ha cambiado.

Aunque sueña que defeca en los escombros de la cruz de madera durante la misma conquista, un acto positivo en aquellas terribles décadas, cinco siglos después, cuando libre de la realidad onírica, lo hace profanando el ícono católico haciendo que los vecinos lo maltraten. Entran patrulleros y bomberos. Si los andinos de antaño se burlan de la cruz de madera, ahora los vecinos y los bomberos se burlan de él, “lanzándome un potente chorro de agua que me hizo caer al suelo, mientras todos reían y aplaudían” (26). En otras palabras, no solo las cruces representan un constante en el tiempo sino también la risa y los gritos, aunque el significado de la cruz y la riza se invierte según el contexto histórico.

Al final del cuento, el hombre que tiene miedo de las alturas se pone en el precipicio para lanzarse “al abismo”. Si aceptamos que un hombre puede tener alas, nos perturba la idea que un individuo que tiene miedo de las alturas se lanza desde la parte superior del cerro. El sueño le da fuerza y coraje para volar y guiar a sus prójimos; y los efectos duraderos del sueño le da fortaleza para lanzarse “al abismo” para escapar de la locura que vive allí. Pero, a fin de cuentas, no sabemos qué ocurre cuando se lanza “al abismo”.

El cuento funciona en múltiples niveles. El más obvio es una persona que tiene un miedo, pero con el progreso psicológico que logra con los sueños, supera este temor. Otro nivel que opera entre el pasado y el presente resulta de constancia de símbolos y la naturaleza humana, pero que, revela que el significado de esos símbolos y esa naturaleza puede permutar. Aun otro, reside en la influencia que el Borges puede haber tenido en este relato también.

Si tomamos por ejemplo “La casa de Asterión”, otro relato de Borges, notamos que el protagonista, el minotauro, es matado por Ariadna, la hija de Ícaro, quien, como sabemos, voló demasiado cerca al sol, debido a su soberbia. La imagen de las alas de Ícaro

va con la de las del protagonista del cuento de Manuel Guerra. Además, si al protagonista de Borges le “acusar de soberbia, y tal vez de misantropía, y tal vez de locura”, al de Guerra lo tratan como si fuera “un tipo medio loco e intratable” (21). Esta idea de protagonistas misántropos en los dos cuentos conduce a que sus autores crean relatos narrados en primera persona por una voz de autoridad que puede reflejar sobre su posición en las respectivas sociedades, el mundo griego en el caso del primero, el mundo andino en el segundo. La narración en primera persona en ambos textos es llamativa, la presencia de criaturas conscientes con alas es sugestivo; y la cualidad de misantropía en ambos es provocativa. No digamos que Borges sea la única fuente literaria de este cuento, — Maynor Freyre, el prologuista de *Fatum*—

sugiere a Ribeyro, Ray Bradbury y Gabriel García Márquez. Todos palpables en la creación de algo completamente nuevo. Pero aquí quisiera tomar nota de lo borgiano, autor que menciona en el cuento titular “Fatum” de la colección (19). Lo onírico conjuga con lo fantástico y este se conjuga con la violencia. Podemos subrayar que “La casa de Asterión” trata de un asesinato y “Alas”, no. Pero este tema aparece en otros cuentos como “El viejo” y “Relato del posadero”.

Lo absurdo de la vida rutinaria que Manuel Guerra trata de descifrar con esta profunda vasija de cuentos nos deja en un estado profundo meditativo.

Thomas Ward

Loyola University Maryland